

FRÉDÉRIC PAJAK
MANIFIESTO INCIERTO

VOLUMEN I

Traducción de Regina López Muñoz



errata naturae

PRÓLOGO

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2016

TÍTULO ORIGINAL: *Manifeste Incertain. Volume I*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© Les Éditions Noir sur Blanc, CH-1003 Lausanne, 2012

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2016

© Errata naturae editores, 2016

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-06-6

DEPÓSITO LEGAL: M-4513-2016

CÓDIGO BIC: HP / JF

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Edelvives

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Soy un niño; diez años, tal vez. Sueño con un libro, mezcla de palabras e imágenes. Retazos de aventura, recuerdos reunidos, sentencias, fantasmas, héroes olvidados, árboles, el mar furioso. Amontono frases y dibujos, por las noches, los jueves por la tarde, pero muy especialmente los días de anginas o bronquitis, solo en el piso familiar, libre. Con ellos levanto un andamio que enseguida destruyo. El libro muere cada día.

Tengo dieciséis años. Entro en Bellas Artes y me aburro. Seis meses más tarde, me voy dando un portazo. Quemo todos mis dibujos: no se parecen a mi libro.

Me hago mozo de coches-cama internacionales. El libro resurge cierta noche en un tren, tras muchas horas de charla con un viajero que no consigue conciliar el sueño. Al alba, en un café de Roma junto a la estación, tengo un título: *Manifiesto incierto*. Por entonces, hay ideologías por todas partes, izquierdistas, fascistas, y las certezas se atropellan dentro de las cabezas. Varios atentados atribuidos a grupos anarquistas sacuden Italia. En realidad, los llevan a cabo varios grupúsculos neofascistas manipulados por los servicios secretos. ¿Los instigadores? Se habla de altos cargos de la democracia cristiana, de la Logia P2, incluso de la CIA. La confusión es total. En las fábricas, la autogestión generalizada está a la orden del día. Todos los partidos políticos están nerviosos. ¿Cómo callar a la clase obrera? El terrorismo se revela como el mejor remedio contra la utopía.

Publico en un pequeño diario una historia corta que se titula ya *Manifiesto incierto*, vaga tentativa en forma de error juvenil. Vivo a la sazón en Suiza. Me marchó de Suiza. Paso el verano solo en Sarcelles, en la periferia parisina. En la ciudad desierta del mes de agosto hay un bar en los bajos de un conjunto de bloques de pisos, y es el único bar. Los únicos clientes son magrebíes. En cuanto trate un poco con ellos decidiré poner rumbo a Argelia en busca del *Manifiesto*. Pero ésa es otra historia. De momento, el libro vuelve a tomar forma; o sea, adopta la forma de un fastidioso borrador: estado de ánimo de un solitario, revancha abstracta de un mal de amor, aullido contra las ideologías, contra el espíritu del tiempo y contra el tiempo que pasa.

Me afinco en París, en la última planta del 42 de la rue Pigalle, en un pisito de dos habitaciones. Sigo solo, sin mujer, sin amigos. Un año de soledad, de miseria. No tengo dinero ni trabajo. Trato de publicar mis dibujos pero todos los periódicos los rechazan: «No es lo bastante comercial». Oiré durante mucho tiempo ese mismo argumento, en París, en Europa, y sobre todo en Estados Unidos, donde viviré una temporada. Acabo pidiendo limosna, varias veces. Toda relación basada en el dinero es un crimen contra la humanidad.

Dibujo con tinta china, aunque uso también *gouaches* para representar extrañas aves con cuerpo humano, calzadas con esquís, que echan a volar por el pisito. Escribo relatos breves, a veces de unas pocas líneas. Lo destruyo todo. El *Manifiesto* no termina de morir.

Pasan los años, cumplo cuarenta. Publico mi primer libro en una editorial. Un fiasco. «No es lo bastante comercial». Cuatro años más tarde sale otro libro, y los libros se suceden, se venden como por arte de magia. Todos ellos son tentativas de recuperar el *Manifiesto*, pero todos ellos se apartan de él. Así que retomo el *Manifiesto*, a misteriosas sabidas de que no acabará nunca. Atesoro cientos de páginas de cuadernos: pedazos de diario, recuerdos, notas de lectura. Y los dibujos se acumulan. Son como imágenes de archivo: trozos de viejas fotos copiadas, paisajes del natural, fantasías. Viven su vida, no ilustran nada, o apenas un sentimiento confuso. Van a dar a la caja de los dibujos, donde su suerte es incierta. Ídem con las palabras, pequeños destellos como boquetes en la página negra. Y aun así avanzan sin orden ni concierto, se adhieren a los dibujos liberados de pronto y forman fragmentos que surgen por doquier, compuestos de palabras prestadas y nunca devueltas. Isidore Ducasse escribía: «El plagio es necesario. El progreso lo entrafia. Agarra con fuerza la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, borra una idea errónea, la sustituye por la idea correcta». Maravillosa clarividencia. Walter Benjamin no se queda atrás: «En mi trabajo, las citas son como salteadores de caminos que irrumpen armados y despojan de sus convicciones al ocioso paseante». Como mejor vemos es a través de los ojos de los demás. ¿Cuántos cristos y vírgenes han sido copiados y plagiados para expresar mejor el dolor y la piedad?

De niño, en el sueño del libro, anoto lo que más adelante se convertirá en recuerdos. El sentimiento de la historia es aún muy fuerte, en el pupitre escolar, y oigo con claridad el lamento de los esclavos por las calles de Atenas, el sollozo de los vencidos al abandonar los campos de batalla. Pero la historia está en otra parte. No se aprende. Es un sentimiento que la sociedad entera debe experimentar, so pena de que se desvanezca. La generación de la posguerra perdió el hilo de la historia a fuerza de reconstruir el mundo. Y es cierto que lo reconstruyó y que supo hacer valer la paz, como un largo suspiro, olvidando los malos tiempos. Ahora vivimos entre los desechos de esa paz, y con esos mismos desechos improvisamos una sociedad, una sociedad que borra las sociedades anteriores, una sociedad sin memoria como la sociedad estadounidense que nos dictó la paz, su máscara al menos. La paz de hoy es muy relativa, porque se nutre de guerras lejanas y locales que se distancian de nosotros bajo la forma de imágenes desesperantes.

Pero hay otra guerra que nos corroe sin llegar a declararse jamás: la guerra del tiempo que extingue el tiempo, la guerra que libra un presente vaciado de su pasado, desmenuzado en un futuro improbable, radiante o desencantado. El presente ha perdido la presencia del pasado, pero aun así el pasado no ha desaparecido del todo: sobrevive en estado de recuerdo, un recuerdo inerte, privado de voz, de sustancia, de realidad. El presente ha hecho del tiempo un tiempo vacío, suspendido en una historia inencontrable, y ese vacío lo llena todo, se despliega por todo el espacio posible. Y acaso porque el vacío se colma puede surgir algo, como si el tiempo desaparecido debiera dejar hueco a otro tiempo, un tiempo inédito. A estas alturas no es imposible que el presente, llamado modernidad, se haya quedado obsoleto. O, más bien, que deba hurgar a cualquier precio en su pasado reconstruido para no caer a su vez en el olvido. La advertencia es de altura, y se la debemos al filósofo Kostas Papaioannou: «La modernidad afirma la primacía del Presente sobre el Pasado en nombre de una experiencia pura y exclusivamente humana. El tiempo humano se ve definitivamente alejado del dominio del tiempo físico o biológico. Ya no traza la figura de un círculo a semejanza de las revoluciones astrales o del ciclo vital. Alejado de la naturaleza, emancipado de la naturaleza, únicamente contiene ya la promesa de acontecimientos sustancialmente nuevos: la imagen que le devuelve la conciencia no es ya la del orden inmutable de los astros y las estaciones, sino la del hombre reducido a sí mismo, a su soledad y a su estado inconcluso».

La historia nos sorprende siempre, porque siempre lleva razón *a toro pasado*. Puede perfectamente convertirse en teatro de una guerra abierta contra la modernidad y contra la ciencia, cuando ésta en realidad se pone a sus

órdenes; la ciencia, esa «boca peligrosa de besar», en palabras de William Faulkner.

Evocación de la historia borrada y de la guerra del tiempo, tal es —expresándolo de manera desarticulada— el propósito del *Manifiesto*, que se abre con este primer volumen. Otros vendrán después, a merced de la incertidumbre.

«PERO HABÍAS PERDIDO
EL HÚMEDO ALBOROZO...»



Mi abuela me quiso mucho, incluso me mimó. Fui su primer nieto, su nomeolvides, su tesorito. La conocí tarde, porque nací a escondidas de mis abuelos y del resto de la familia.

Mis padres se conocieron en Estrasburgo. Mi padre decía que no tenía familia, que era huérfano; mi madre había perdido a su padre cuando tenía dos años, y su madre había vuelto a casarse con un dignatario de Colmar que, al enterarse de la relación con mi padre, blandió su pistola: «¡Como salgas con ese gitano, os mato a ti y a tu madre!». «Gitano», para él, quería decir «polaco», y «extranjero» a secas.



De modo que fui concebido en Córcega y nací con fórceps en una clínica para estudiantes, en Suresnes. Mi madre estudiaba en la Sorbona. Mi padre cumplía el servicio militar en un regimiento en Versailles. Me metieron en una guardería donde no dormía, ni comía, ni recibía estímulo alguno. Los fines de semana, mi madre me llevaba a su mansarda de la avenue Bolivar.

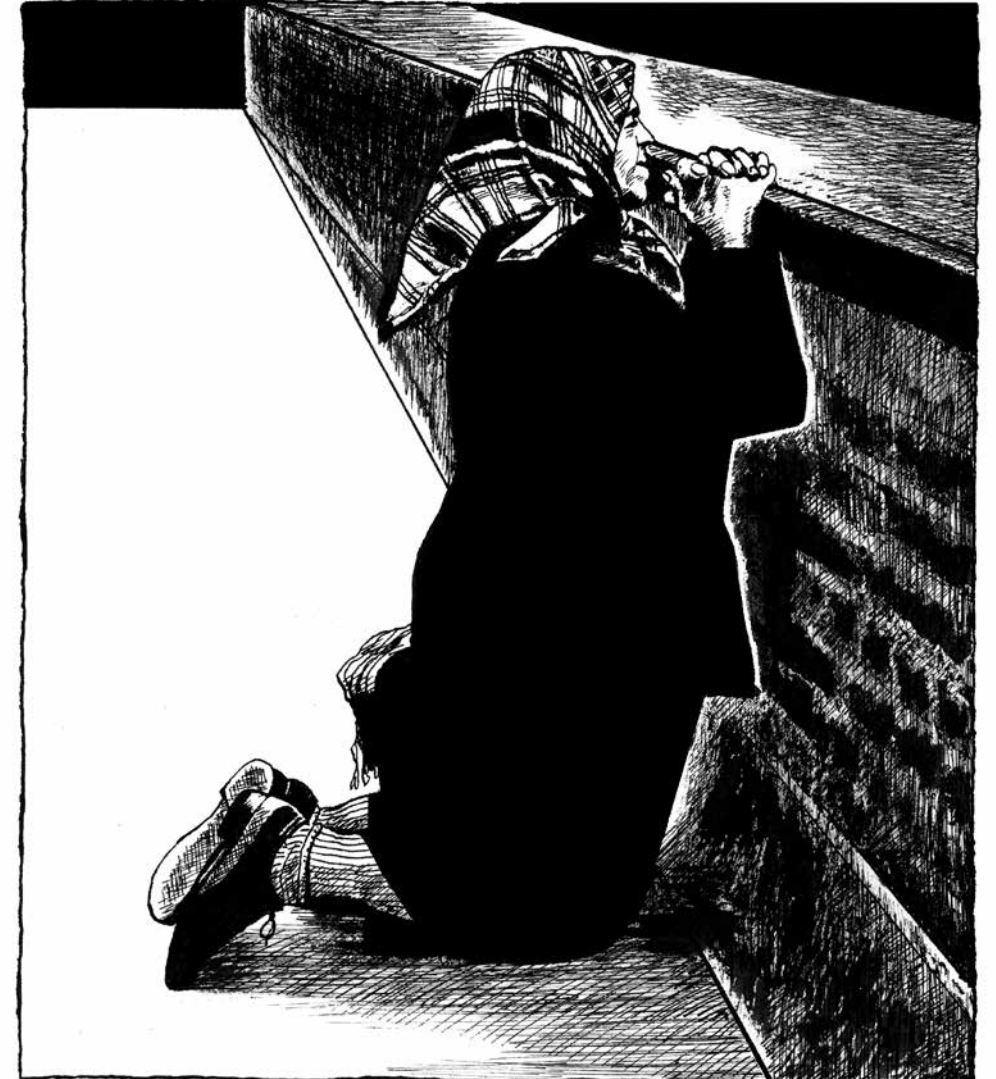
Al cabo de varios meses languideciendo en esa vida secreta, mis padres revelaron mi existencia a sus familias y fue mi abuela paterna quien me recogió.



Recuerdo su olor, el olor de su minúsculo piso, su gato siamés muerto y desplegado a modo de alfombrilla, una pequeña cigüeña de plástico que hunde el pico en un jarrón, los ladrillos calados como única separación entre los balcones, en ese barrio de posguerra en Estrasburgo, muy cerca del parque de la Orangerie al que vamos para observar los animales enjaulados. Su tristeza, la fetidez rara del mapache, y ese rumor de pisadas, los gemidos entre los árboles fríos. No hay sol en mi cabeza, sólo un cielo mojado.



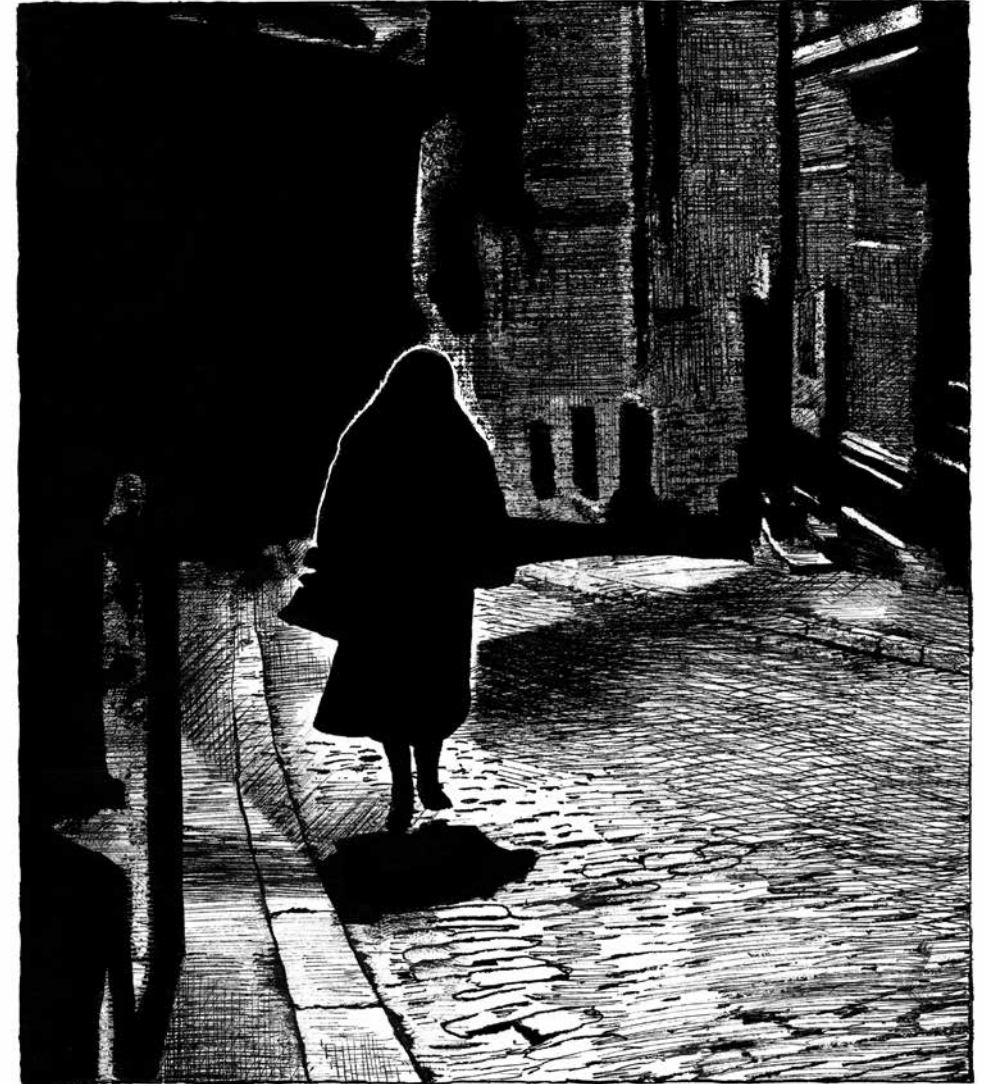
Las palabras tiernas se mezclan con los recuerdos graves de la guerra: los bombardeos, las alarmas, las tropas de muchachos alemanes con sus uniformes mal tallados, famélicos, en desbandada, abandonados a la derrota final. Y todo Estrasburgo olía a guerra, y al orín en los muros de las casas en ruinas, y a dolor.



Conocí la guerra palabra tras palabra. Oí morir a los vecinos, a los amigos, a los enemigos en boca de mi abuela, Eugénie Poulet, a la que mi tío apodaba «la Polluela». Ella me abrió los ojos al amor, a la ternura, a los besos ruidosos, a la caricia de la manopla de baño sobre mi cuerpo desnudo. Su calor contra mí en su cama.



No conocí a mi abuelo, el padre de mi padre, Jean Pajak. Eugénie Poulet se divorció antes de que yo naciera. Bebía. Jugaba, no le pasaba la pensión. Conseguió que lo metieran en la cárcel. No tengo recuerdos de él —¿habría muerto ya de enfermedad alcohólica?—; ningún recuerdo, salvo un cuadro de gran formato, porque era pintor, y unas cuantas acuarelas.



No puedo pensar en el amor sin pensar en la Polluela. Me quiso y me consintió hasta la adolescencia, cuando se convenció de que ya no era un niño. Me convertí en un tierno recuerdo, un pedazo de su tiempo devorado para siempre.